

Ejoff vació su vaso y se sentó pesadamente en tierra. Los obreros exhalaban varios hurras, con entusiasmo, y en el aire subía un largo grito que hizo temblar el follaje de los árboles.

—¡Ahora la canción! propuso de nuevo el muchacho regordete.

—¡Empezaremos! aprobaron dos ó tres veces.

Y una viva disputa se entabló á causa de la elección de la canción. Ejoff escuchaba volviendo la cabeza á derecha é izquierda, examinando todos los rostros.

—¡Amigos míos! exclamó de repente. Respondedme... respondedme algunas palabras á los deseos que he formulado por vosotros!

Un nuevo silencio aunque menos completo se restableció entre los obreros. Algunos le miraban con curiosidad, otros reprimían una sonrisa, otros estaban visiblemente descontentos. Se levantó y empezó á hablar muy excitado:

—Estamos dos aquí... que la vida ha rechazado... soy yo y aquel hombre. Tenemos los dos las mismas aspiraciones... queríamos tener la fortuna de sentirnos útiles á la humanidad... ¡Camaradas! Este gran bestia...

—Nicolás Matveitch, no debe V. injuriar á nuestro huésped, dijo una voz gruesa irritada.

—Sí, es enteramente inútil,—afirmó el muchacho regordete que había invitado á Tomás á unirse á ellos. ¿Para qué palabras que hieran?

Una tercera voz articuló claramente:

—Nos hemos reunido para divertirnos, para descansar...

—¡Tontos! articuló débilmente Ejoff, ¡buenos tontos estáis! ¿Tenéis lástima de él? ¿Pero sabéis si quiera quién es? ¡Es uno de los que chupan vuestra sangre!

—¡Basta, Nicolás Matveitch! exclamaron en coro:

Y se pusieron á hablar todos á la vez, sin preocuparse más de Ejoff. Su aspecto dió tanta pena á Tomás, que ni siquiera pensó en ofenderse por sus palabras. Veía que todos aquellos individuos que habían tan calmosamente tomado su partido contra Ejoff, se habían unido y no le concedían ni la más mínima atención. Comprendía que si el periodista se apercibía de ello, sufriría horriblemente. Para distraer á su amigo y evitarle aquella humillación, le tocó con el codo y le dijo con una sonrisa:

—¡Eh! gruñón... ¿bebemos? A menos que prefieras la retirada!

—Retirar... ¿Dónde está la casa de aquel que carece de puesto entre los hombres? preguntó Ejoff.

Y exclamó de nuevo:

—¡Camaradas!

Su llamada confundióse en la conversación general y no tuvo eco. Bajó la cabeza y dijo á Tomás:

—¡Vámonos!

—Vamos... A pesar de que hubiera quedado de buena gana. Es curiosísimo... Se portan muy bien esta gente... te lo juro...

—Yo no puedo mas... me ahogo... tengo frío...

Tomás se levantó, se quitó la gorra y saludó á los obreros con voz alegre y fuerte:

—Muchas gracias, señores, por vuestra buena acogida. ¡Adiós!

Se le rodeó, se trató de contenerle y voces persuasivas decían:

—¡Esperad! ¿Dónde vais? Habríamos cantado juntos, ¿eh?

—Imposible, me veo precisado á dejaros... mi camarada está solo... no puedo abandonarle... debo acompañarle. ¡Divertirse!

—¡Bah! Bien podíais aguardaros un poco, exclamó el muchacho grueso.

Y murmuró quedo:

—El puede acompañarse... solo...

Otro añadió en el mismo tono:

—Quedaos... vamos á acompañarle hasta la ciudad. Tomará un coche y concluido.

Tomás tenía grandes deseos de quedarse, pero se veía comprometido.

Ejoff se había levantado, se agarraba á su manga y balbuceaba:

—Vámonos .. ¡que se los lleve el demonio!

—Hasta la vista, señores. Me voy, dijo Tomás. Y se alejó.

—¡Ja, ja, ja! exclamaba Ejoff, andando; manifiestan sentimiento, pero en el fondo están encantados de verme partir... Les molestaba, les impedía transformarse en brutos...

—Verdaderamente, tú les molestabas, replicó Tomás. Pero ¿á qué tanto discurso? Esta gente se ha reunido para divertirse un rato... ¿Qué es lo que pretendías?... Los aburrías...

—¡Cállate! ¡No sabes nada! le gritó Ejoff. ¡Te imaginas que estoy borracho! Mi cuerpo quizás esté ebrio, pero mi alma está lúcida y puede comprenderlo todo... ¡Oh, qué odiosa es la vida! ¡Qué de fealdades, de miserias, de atrocidades se encuentran! ¡Y la humanidad... esta estúpida y lamentable humanidad!...

Ejoff se detuvo. Se cogió la cabeza con las manos y permaneció así durante varios segundos.

—Sí, articuló lentamente Tomás, los hombres difieren unos de otros... Esos, por ejemplo... Son cortes... Diríase hombres de mundo... Tienen razonamientos llenos de sentido... ideas... Y no son, sin embargo, más que obreros.

Una canción cantada en coro llegó hasta ellos en este momento. Las voces, primero inciertas, se afirmaron más y más y formaron pronto un conjunto armonioso que se extendió como una onda amplia

y llena en el aire fresco de la noche por encima de la soledad y de la paz de los campos.

—¡Oh, Dios mío! dijo dulcemente Ejoff con un doloroso suspiro. ¿Cómo vivir? El alma tiene necesidad de alimento... ¿Cómo satisfacer sus necesidades de amistad, de fraternidad, de amor, de trabajo puro y santo?...

—Esas gentes sencillas, prosiguió Tomás en su idea sin escuchar las palabras de su camarada, cuando se les ve de cerca, están bien, verdaderamente; pero muy bien... Es curioso... campesinos... obreros... tomados individualmente... son bestias en suma. Sufren, soplan...

—Llevan nuestra vida en sus hombros, exclamó Ejoff mohino. La sobrellevan, como caballos, resignados y estúpidos... y esta resignación es la que constituye precisamente nuestra desgracia...

Tomás daba vueltas á su idea y continuaba:

—Trabajan, se fatigan toda su vida diciendo tonterías... Después, de repente, sacan á relucir una idea, como no se encontraría en un siglo de reflexión... Lo que prueba que sienten algo... ¡Hum! ¡ya lo creo, son bien curiosos!..

Ejoff andaba tambaleándose y silencioso. De pronto se puso á hablar con voz cavernosa, vacilante, que parecía salir del fondo de sus entrañas. Recitaba versos acompañando sus palabras de gestos en el vacío:

La vida cruel me ha traicionado, me ha engañado.  
He sufrido los ultrajes y bebido la copa amarga...

—Amigo mío, estos son versos de mi composición, dijo deteniéndose é inclinando tristemente la cabeza. Veamos cómo sigue. Ya he olvidado... Era

cuestión de ilusiones, de deseos puros y santos... pero todo ha sido ahogado en mi alma por esta vida de miseria... ¡Ah!...

¡Las ilusiones muertas  
no renacerán jamás!...

—¡Amigo!... tú eres más dichoso que yo, porque tú eres bestia. Mientras que yo...

—¡Ea, basta! dijo Tomás impacientado. Mira, escucha su canción...

—No quiero oír canciones de nadie, replicó Ejoft moviendo la cabeza. Tengo la mía... la canción de un alma, que la vida ha destrozado...

Exhaló un grito salvaje:

¡Las ilusiones muertas  
no renacerán jamás!...  
¡Son innumerables!...

—Había cultivado con amor un parterre de brillantes y bellas esperanzas y de sueños... Todo está ajado... La muerte ha entrado en mi corazón... Los cadáveres de mis ilusiones acaban de podrirse en él. ¡Oh! ¡oh!

Ejoft se puso á llorar, sollozando como una mujer.

Tomás le compadecía, pero se sentía enervado. Le sacudió por el hombro impaciente y dijo:

—Concluye, pues. Ven... ¡Qué débil eres!... ¡Amigo mío!...

Ejoft se irguió y continuó con voz salvaje y plañidera su melopea:

¡Son innumerables!  
¡La tumba no puede contenerlas!  
Yo las he revestido con sudarios de rimas  
y las he mecido con mis canciones  
dolorosas y tristes...

—¡Oh! ¡Señor! exclamó Tomás desesperado. Basta ya, te digo... en el nombre del cielo. Es espantoso, palabra...

El coro se oía aún... Alguien acompañaba chillando, y aquel chillido penetrante se adelantaba á la onda profunda de las voces.

Tomás miró en dirección de donde provenía el canto. Se veía siempre el bosque que se elevaba como una alta muralla negra y el fuego que flameaba alegremente, iluminando las formas humanas que se agitaban. La masa profunda de los árboles parecía un ancho pecho que la llama sangrienta de la hoguera agujereaba cual una enorme herida. La sombra espesa agrupada alrededor de esa mancha de luz hacía resaltar con nitidez las siluetas de los hombres que se movían alrededor de la hoguera, iluminados y como mezclados en el resplandor rojo de las llamas. Parecían todos pequeños, parecidos á niños, y se agitaban levantando los brazos y lanzando en el espacio su canto vigoroso.

Ejoft, de pie al lado de Tomás, le decía, alterado:

—¡Tú eres un bruto insensible! ¿Por qué me rechazas? Debes escuchar la queja de un alma agonizante... y llorar... pues está herida y se muere. ¡Pero vetel! ¡Aléjate de mí! ¿Crees que estoy ebrio? Estoy envenenado... ¡vetel!

Tomás se alejó algunos pasos sin dejar de mirar el bosque y el fuego que formaban un cuadro con-

movedor en la obscuridad que los rodeaba. Dijo dulcemente:

—No seas tonto... ¿por qué gritas?

—Quiero quedarme solo...y concluir mi canción...

Y dió algunos pasos tambaleándose y vociferó con voz desgarradora:

He cantado y ya no quiero violar  
su reposo eterno.

¡Señor! tened lástima de mi alma;

está herida mortalmente...

¡Señor! acordadle la paz...

Aquellos aullidos llenaron de espanto el alma de Tomás. Corrió á su camarada, pero antes de que llegase á él, Ejóff exhaló un grito estridente y cayó pesadamente á tierra, con los brazos en cruz. Sollozaba y exhalaba quejas, y después lloró en silencio como un niño.

—¡Nicolás! decía Tomás, cogiéndole por los hombros; vamos, anda... ¿qué significa esto? ¡Dios mío!... ¡Nicolás! Basta... ¿No te da vergüenza?

Pero Ejóff no experimentaba ninguna vergüenza. Se escabullía como un pescado que acaba de sacarse del agua, y desde que Tomás pudo ponerle en pie, se le pegó abrazándose á él y apretándose contra su pecho siempre llorando.

—¡Vaya, vaya! gruñía Tomás entre dientes. Cálmate, amigo mío...

Lleno de lástima y compasión por aquel hombre que la vida hollaba tan despiadadamente, con el alma llena de hiel y de rabia, Tomás se volvió hacia la ciudad, brillante de luz, y gritó con voz fuerte y llena:

—¡Anatema! ¡Malditos seáis! Paciencia... Vuestras tornas llegaron. ¡Malditos seáis!

XI

¡Liubovka! dijo un día Maiakín volviendo de la Bolsa, prepárate esta noche á recibir un pretendiente. Haznos una buena cena... Pon en la mesa la vajilla de familia... los vasos para las frutas... Es necesario que nuestro servicio salte á la vista... Quiero que se sepa que aquí no tenemos sino objetos de valor.

Liubovka repasaba los calcetines de su padre sentada cerca de la ventana, la cabeza inclinada sobre el trabajo.

—¿Para qué tantas historias, papá? preguntó con voz descontenta.

—Es la salsa... obligatoria... Es la costumbre también... una hija no es como un caballo, no se deshace uno de ella sin haberla antes adornado...

Liubov roja levantó la cabeza vivamente; puso á un lado su trabajo y miró á su padre... después volvió á coger los calcetines y se puso á trabajar con ardor. El viejo se paseaba en la estancia, tirándose de los pelos de la barba; su mirada era dirigida sobre algo invisible y lejano y toda su actitud